





LA INFORMALIDAD.

HAY palabras que, como la moneda corriente, se gastan con el uso y siguen corriendo en el mercado de las ideas sin su valor intrínseco; pero si á una cosa que han inventado los hombres, bautizándola con el nombre de *puntillo*, no le sucediera lo mismo que á las monedas, nadie podría tolerar con paciencia que le espetaran al rostro estas palabras..... ¡Qué informal es usted!

Después de todo, uno de los inconvenientes mas serios con que nos encontramos en

esta vida tan llena de suyo de vicisitudes y contratiempos, es el formidable poder de los adjetivos; porque, cuántas cosas malas se dejan de hacer en este mundo sólo por el temor del adjetivo!

Y ello es que, por otra parte, nos aguijonea el deseo inmoderado de hacer cosas malas; pero el adjetivo se levanta amenazador y tremendo para herirnos con un solo golpe; golpe frío, que es una especie de sentencia inapelable, dada por una autoridad invisible, articulada por una boca muda que habla dentro de nosotros mismos con tal misterio, que por quedo que pronuncie el adjetivo nos parece que lo van á repetir muchos millones de hombres.

Confesemos que el adjetivo nos apoca, nos mete en cintura, nos hace andar derechos y hasta pone la sonrisa en nuestros labios; sonrisa que está muy lejos, muchas veces, de nuestra manera de pensar, como la sonrisa de las bailarinas, más todavía, como la de las bailarinas con callos y ojos de perdiz.

Conciben ustedes cómo una de esas mujeres cartilaginosas, de tendones de acero á fuerza de gimnástica, se les puede reír á ustedes en una pirueta con dolor de callo?

Ese es el milagro del adjetivo *fría* ó del adjetivo *adusta*, dos adjetivos ajenos de Terpsícore.

Pongan ustedes un puñado de brillantes capaces de sacar más de cuatro vientres de mal año, al alcance de muchas manos, capaces de coger, de agarrar y de esconder, y comprenderán el poder terrible del adjetivo ladrón, cuando los diamantes permanezcan en la mesa y las manos vacías.

Las gentes que se portan bien en público, obran así no sólo por temor al *qué dirán*, que es uno de los temores mas buenos, sino por temor al adjetivo *grosero*, y á otros muchos por el estilo.

No acabarse un vol-au-vent por temor del adjetivo glotón, levantarse al alba por temor del adjetivo perezoso y cumplir uno su palabra por temor del adjetivo informal son otras tantas pruebas del poder del

adjetivo; pero como todo esto es muy tirante y contrario á esa propensión egoísta de todo hijo de vecino de vivir á la pata llana, las gentes han encontrado un expediente sencillísimo para librarse de esta tiranía; y este expediente consiste en gastar el adjetivo, torturarlo, estropearlo hasta que pierda casi su verdadera significación. El procedimiento parecería á primera vista impracticable; pero no lo es tanto, si se atiende á que han pasado ya á la categoría de palabras familiares y hasta inofensivas de puro gastadas, muchos adjetivos de los que antes nos parecían terribles.

Uno de ellos es el adjetivo «informal.»

Para comprender su alcance, el que tenía antes, su poder perdido y el valor que tenía en otro tiempo, veamos lo que significa la palabra «formal.»

Formal quiere decir: serio, grave, circunspecto, sesudo, concienzudo, amigo de la verdad, enemigo de las chanzas impertinentes, de las cosas frívolas, insustanciales y ligeras, incapaz de faltar á su palabra y seve-

ro é inflexible en el cumplimiento de su obligación y deberes.

De lo cual se deduce que la formalidad es la primera y la mas importante de las virtudes sociales, porque casi las abarca todas.

Figurémonos sinó un pueblo de personas formales, un gobierno de personas formales, un congreso, un gremio de artesanos, compuesto de personas formales, y tendríamos el bello ideal social, el mejor de los pueblos y el mejor de los gobiernos posibles.

Convenimos en que todo esto es muy difícil, y en que ser formal es una cuestión que tiene sus puntas, y sus inconvenientes y sus dificultades; porque contra la formalidad están en lucha constante el «dolce far niente,» la debilidad de carácter, las propensiones muelles, la benignidad del clima, la falta de educación y otra porción de cosas, hasta el pulque; y todo esto ha cooperado á que implícita y bondadosamente le rebajemos algo de su tirantez á la palabra informalidad, alegando que la informalidad

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1425 MONTERREY, MEXICO

es una de las mas dulces prerrogativas de los muchachos.

Vayan ustedes en esta tierra de las precocidades á pasar sin esfuerzo de la categoría de niños á la de hombres formales; aquí donde los niños escriben novelas á los nueve años y son notabilidades filarmónicas á los quince; aquí, en la tierra de los «mariditos» y de los matrimonios liliputienses! ¡Qué formalidad vamos á tener, ni qué seriedad en edad tan tierna, ni cómo hemos de tomar por lo serio lo que lo es en sí, cuando tenemos, sin poderlo remediar, la risa en los labios y la chanza en la punta de la lengua! Pruébalo sinó el que ni el crimen ni la muerte, que son dos cosas de suyo completamente serias, nos imponen respeto. Regístrense las gacetillas de muchos periódicos, y se verá cómo el gacetillero, que ha dado en que su oficio es hacer reír al público, les cuenta á ustedes con una gracia que causa dolor de estómago á las personas formales, que don Fulano de tal, (respetable padre de familia, que murió

mártir de horrible enfermedad) se largó con la música á otra parte; y cómo un monstruo que asesinó á su mujer y á su hijo, hizo la travesurilla de introducir una hojita de acero en el corazonzote de la mujer y en el coranzoncito del niño, por quitame allá esas pajas, y tal gacetillero gana sueldo y come pan á manteles por el innoble oficio de torcer el sentido moral, convirtiendo en guasa y dicharacho el respeto á los deudos y á la muerte, el horror al crimen, la indignación saludable contra la inmoralidad, la reprobación provechosa contra el escándalo, el anatema contra los vicios.

Nada mas explicable que nuestra informalidad idiosincrática, tomando por modelo á nuestra respetable cámara popular, citada á sesión, «in illo tempore,» á las diez de la mañana; hora que la informalidad de los padres de la patria cambió en las once, en las doce, en la una, y así sucesivamente hasta llegar al crepúsculo vespertino, hora ya de suyo indiferible para las sesiones; y cuidado si se trata en este asunto de perso-

nas formales, de los padres de la patria nada menos.

Vayan ustedes á exigir que el zapatero les lleve los botines el día convenido; ó que la función de teatro comience á la hora anunciada, ó que vengan sus convidados de ustedes á la hora en que se comprometieron á estar presentes, ¡imposible! tanto más, cuanto esto de la informalidad es defecto tan general, que cuando alguno piensa en ser formal le dicen á porfía.

—Pero qué va V. hacer hombre de Dios!

—¿Cómo qué? es la hora de la cita.

—Sí, pero ya sabe usted nuestras cosas: la cita es á las diez, pero si llegamos á las once será buena hora.

Esta razón convence á todo el mundo, y la informalidad se erige en virtud.

Sucede que un señor convida á su amigo íntimo y muy querido á comer bien y á tomar un vino especial que le había estado reservando.

—A las dos de la tarde.

—A las dos de la tarde, en punto.

—Convenido.

Á las seis se encuentran en la Alameda. El anfitrión tiene cara de vinagre. El invitado tiene cara de lechuga.

Está fresco.

—¿Qué sucedió?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! He esperado á usted hasta las tres y media.

—¿Para qué?

—Cómo para qué! para comer. No recuerda usted que le invité ayer y me ofreció estar en casa á las dos de la tarde?

—Hombre, tiene usted razón. Se me olvidó.

Entre ingleses esto sería motivo de un duelo; pero en el paseo de la Reforma, los dos amigos se toman del brazo para entonar un dúo bufo á la informalidad. ¡Cosas de los ingleses! quienes para nosotros las tienen tan raras, como ésta de cumplir su palabra.

Nosotros, que estamos en nuestro derecho para ser como nos dé la gana, hemos

convenido explícitamente, desde tiempo inmemorial, en que los ingleses son formales, y nosotros no; con lo cual estamos muy conformes al grado de que, al citar á un amigo, añadimos:

—Cita inglesa.

—Pero, ¿por qué inglesa? pregunto yo. ¿Son por ventura los ingleses los únicos hombres formales en el mundo?

Esta transacción, por otra parte, viene á precisar estas dos aseveraciones. Cita inglesa: la que se cumple. Cita mexicana: la que no se cumple. Lo cual no honra demasiado nuestra nacionalidad.

La informalidad, introduciéndose en nuestro cuerpo social como la bilis en la sangre del enfermo de la ictericia, sale de los patios de las escuelas á la hora del asueto, para contaminar al artesano, al comerciante, al juez, al diputado, y al funcionario; va, viene, baja y sube en todos sentidos, é interviene en los contratos, en las citas, en los matrimonios, en las deudas y en el cumplimiento de todas las obligaciones. La juris-

prudencia se ve obligada á multiplicar sus defensas, sus precauciones, sus cauciones, sus garantías y sus hipotecas, convirtiendo los contratos en carteles de humillación; obligando á los deudores á firmar cláusulas vejatorias y condiciones que por sí solas lastiman los sentimientos delicados. La informalidad arma la usura de ominosas condiciones, único refugio de las informalidades de los deudores, y así presentarán á los ojos de las generaciones que nos juzguen, el padrón que contiene las medidas de la rapacidad y la ambición contra la mala fé y la moralidad.

Es ésta la marcha regular de una sociedad que progresa? No; esta marcha es la del descenso y la decadencia; porque la base de todo trato social, de todo contrato, de toda transacción, que es la formalidad, está minada; porque el sentido moral de la palabra está gastado; porque el adjetivo informal, que constituye literalmente un reproche y un calificativo desfavorable, ha llegado á ser entre nosotros parvedad de

materia, defectillo de que nos acusamos todos, conviniendo en llamarle bondadosamente «una de nuestras cosas.»

Ya veo encogerse de hombros á muchos de esos á quienes les caen en gracia «esas cosas nuestras,» y exclamar:

—¿Y qué tenemos con eso? Ése es nuestro carácter, ése es nuestro modo de ser. Eso está en la masa de nuestra sangre; si no somos formales es porque no lo podemos ser. Es inútil por lo tanto hablar mal de la informalidad.

Claro es, que yo no voy á remediar el mal con un artículo, ni mucho menos á esperar el resultado de mis reflexiones al día siguiente de hechas; pero me creo con el derecho, en bien de mis semejantes, de protestar contra la informalidad inveterada, que ha llegado á dar color á nuestra nacionalidad; y como estoy persuadido, por otra parte, de que los deberes de nuestros altos funcionarios no deben circunscribirse en materia de instrucción pública al principio instructivo, sino preferentemente al principio

educativo, como elemento reformador de la sociedad, apunto sin vacilar lo que en concepto mío y de los demás, es un defecto trascendental, por si los encargados de la enseñanza quisieran, como el que planta un árbol cuyo frutos comerán sus nietos, ir sembrando los reglamentos interiores de las escuelas, los textos de enseñanza y los reglamentos municipales de policía y buen gobierno, de «máximas» prácticas y prevenciones, cuyo espíritu filosófico sea la reforma de la educación, con el objeto de ir formando ciudadanos mas y mas apegados al cumplimiento de su palabra, de sus obligaciones y sus deberes; tanto y tanto, que algún día, cuando en otros países atrasados se quiera dar una idea del cumplimiento exactísimo de una cita, no haya necesidad de decir «cita inglesa,» sino «cita mexicana.»





EL REGIDOR
Y LA GACETILLA



EL REGIDOR Y LA GACETILLA.

UNA de las reglas que es preciso saber y que va tomando el carácter de máxima en esta bendita capital, es la de que para ser regidor es necesario no leer periódicos. En efecto; meta usted un hijo de vecino dentro de las cuatro paredes del Cabildo, en virtud del voto popular de suyo tan derrengado y maltrecho desde hace mucho tiempo; hágale usted creer á ese hijo de vecino que va á servir para algo, que es una persona muy ilustrada, supuesto que se le distingue entre doscientos hombres idóneos; póngale usted

la ciudad por un lado y el exíguo presupuesto municipal por otro; colóquelo usted entre la espada y la pared y suplíquele por medio de las mil trompetas de la gacetilla, que nos haga favor de hacer este caldo tajadas, y quedará plenamente justificado el horror que el regidor les tiene á los periódicos.

No faltaba más sino que un pobre munícipe, condenado despóticamente por las circunstancias á quedar mal; arrastrado por la lógica inflexible de los hechos á la suerte del cohetero; destinado por la manera de ser de nuestra gran metrópoli al tormento forzoso de doce meses; no faltaba más decimos, que con ese gregorito en el cuerpo, y esa babel en la cabeza, se pusiera á leer gacetillas insulsas, donde de seguro no ha de encontrar más que impertinencias de los vecinos que protestan contra la inmundicia, contra las faltas de policía, contra el tifo, contra la peste, contra los caños azolvados, contra la basura, contra el peladaje asqueroso, contra las faltas al pudor, contra

la incuria, contra el desaseo, y, en una palabra, contra el Ayuntamiento.

Hacinen ustedes este montón de quisicosas y de dificultades delante de todos los regidores habidos y por haber, y verán cómo las cosas y los regidores se quedan de tal tamaño. En la imposibilidad de hacer lo que debieran, hacen lo que pueden, y no hay que pedir más.

Hace algunos años viene siendo nuestra institución municipal perfectamente impotente para salir avante de su cometido. Van y vienen corporaciones, vaciadas en el mismo molde, mientras la ciudad se arruina, la inmundicia se amontona, la insalubridad crece, las buenas prácticas se olvidan, las viejas disposiciones se relajan y caen en desuso, y la corporación, mas impotente cada día, y mas impopular, gira en un pequeño círculo de párrafos, con un algodón en cada oreja y el «qué se me dá á mí» por lema.

Los regidores nuevos se apuran, se ponen colorados, toman la cosa á pechos, y sien-

ten que el mundo se les viene encima; pero los regidores viejos los aplacan, los consuelan y los hacen á las armas.

—No se apure usted, compañero; esos son los gajes del oficio. Es usted bisoño, y por eso se apoca su ánimo y se pone en un brete.

—Vea usted, compañero, lo que dice la «Patria,» el «Siglo,» el «Monitor,» la «Prensa,» la «Época,» la.....

—Lo mejor que puede usted hacer, compañero, es no leer periódicos.

—Pero compañero, la opinión pública....

—Palabras.

—La voz autorizada de la prensa.....

—Palabras, nada más que palabras. Nosotros no podemos hacer más que lo que hacemos. Pesan veintitantos ramos sobre cuatro gatos; porque esa es la verdad, compañero, nosotros somos cuatro gatos. Hagamos lo que se pueda, y con eso habremos cumplido.

El regidor nuevo se siente consolado con esa profunda filosofía del regidor viejo, y vuelve á sus lábios la sonrisa.

—Vaya usted á ver, dice el regidor viejo. Tenemos instrucción pública y cárceles, alumbrado y aguas, atargeas y empedrados, mercados y rastros, policía y teatros, festividades y paseos, ríos y acequias, puentes y calzadas y.... la mar. Para que la ciudad estuviera bien servida, como pretenden esos diablos de periodistas, se necesitaría un ayuntamiento para cada ramo, con fondos proporcionados. Pero hé aquí que las gentes se empeñan en que hagamos el milagro de los cinco panes, y esto es imposible. Nada, compañero, yo llevo ya algunos años en este oficio, y como usted vé ya no se me derrama la bilis, porque me he acostumbrado á ver las cosas como son; y vendrán años, y con los años corporaciones y corporaciones y las cosas se quedarán de tal tamaño; más todavía, irán de mal en peor; porque hoy por hoy, para empedrar y embanquetar la ciudad se necesitan veinte millones de pesos; para la construcción de mercados y rastros cuatro millones; para la instrucción pública dos millones más,

para una penitenciaría dos millones, para arbolados, jardines y paseos, cinco millones, y no tenemos, como usted lo sabe muy bien, más que un millón para todo eso.

Con razones tan poderosas, el regidor nuevo se satura de filosofía, y en pocos días está perfectamente impermeable á las gacetillas, queda constituido en un regidor á prueba de párrafos, y listo para el servicio municipal.

Echense ustedes ahora encima la tarea gacetillera, que es como quien apedrea á un paquidermo con arvejones. Nada, el regidor ya no oye por ese lado, y hace bien, porque de otra manera sería cosa de perder la paciencia.

Así las cosas, la corporación, encastillada en su vieja filosofía, y la prensa ejerciendo su oficio á palo seco y como si le hicieran caso, presentan el espectáculo de un matrimonio desavenido, pero que tiene que vivir unido, porque así lo quieren las circunstancias.

Y el mal no está para mí en que no ha-

gan el milagro de los cinco panes, repetido sólo en virtud de la ley de adjudicaciones, que como es bien sabido, pudo repartir cinco mil casas entre cinco adjudicatarios y sobró, sinó en que ese sistema de sordera se hace extensivo hasta aquellos asuntos para los que no se necesitan millones, ni mucho menos, sinó pura y simplemente lengua y voluntad.

Nada mas facil, por ejemplo, que cambiar el aspecto de nuestro asqueroso mercado. Con sólo emplear la mitad de lo que produce en la compra de losas, madera y hierro laminado, pueden irse construyendo paulatinamente mostradores con tejado, divididos en lotes ó puestos numerados, para alquilar á fruteros y verduleros, y dejando entre uno y otro mostrador el tránsito enlosado, que se mantendrá limpio bajo la responsabilidad de cada ocupante.

De esta manera, desaparecerán, primero: los petates de aspecto repugnante y primitivo y fácil combustible en un incendio. Segundo: lo intransitable y sucio de los pa-

sillos ó tránsitos para el público. Tercero: el uso primitivo y ordinario de vender comestibles en el suelo al alcance de la basura, del polvo, de los piés, del lodo, de los perros y de las emanaciones de los vegetales descompuestos con las lluvias, y demás detritus nocivos.

Transformada la plaza de esta manera, dividida toda en lotes ó puestos numerados, será facil, obvia, sencilla y clara la recaudación de sus productos, sin lugar al peculado; recibirá el pueblo una lección de buena policía y respeto al público, obligada á vender sus frutas y verduras en mostradores altos, mas fáciles de cuidarse, y mas adecuados para la compra y venta, y aún para la elección y la vista.

Así tendrán acceso al mercado las señoras y los caballeros, como sucede en los mercados de otros países, y este ingreso de marchantes que no van precisamente á comprar barato sinó á tener el gusto de comprar personalmente lo mas escogido, proporcionará á los traficantes no despreciables

utilidades porque bien pronto, comprendiendo sus intereses, empezarán á separar sus productos en dos clases: una, escogido supremo y caro, y otra de productos baratos y ordinarios.

Aseado el mercado del Volador con buenos pavimentos y con mostradores y tejados, se convertirá en un paseo que bien pronto estaría de moda entre la clase acomodada, para la cual es ahora un sacrificio y un desdoro meterse en ese repugnante hacinamiento de comestibles é inmundicias.

